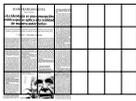


	Tirada: 451.316 Difusión: 306.768 (O.J.D) Audiencia: 1.073.688	Sección: Opinión Espacio (Cm_2): 686 Ocupación (%): 100% Valor (Ptas.): 4.024.000 Valor (Euros): 24.184,73	
	Nacional General Diaria	01/12/2002	

JEAN-FRANÇOIS REVEL

Filósofo y periodista

«La ideología es una concepción teórica que se aplica a la realidad de manera autoritaria»

Jean-François Revel (Marsella, 1924) fustiga el pensamiento políticamente correcto y los tabúes ideológicos: «La opresión de los pueblos corre pareja a la destrucción de la economía», afirma

TEXTO: SERGI DORIA FOTOS: ELENA CARRERAS Y YOLANDA CARDO

BARCELONA. Jean-François Revel no tiene ganas de que le pregunten las mismas cosas. «Para eso están mis libros y creo que he expresado mi pensamiento de manera diáfana», acostumbra a decir. Puestos a escoger, preferiría hablar de Gastronomía, esa fisiología del gusto y de la amistad en torno a un Madeira del siglo XIX. Pero la actualidad obliga. La Fundación «Catalunya Oberta» le ha premiado por su artículo «La democracia o el hambre», publicado en el semanario «Le Point» el pasado mes de julio. Resulta inevitable no repasar una trayectoria intelectual «rebelde», eufónicamente cómplice con el apellido de su protagonista. Revel.

¿Y contra qué se ha rebelado Revel? Contra el pensamiento políticamente correcto, contra las ideologías que encierran las ideas en sistemas cerrados, contra los tópicos del miserabilismo, contra las buenas intenciones con las que está empedrado el camino del infierno... Y resulta inevitable preguntarle, aunque él abomine del esquema periodístico de la entrevista sobre esa treintena de obras que le han suscitado no pocas enemistades entre los «maitres-à-penser», pero que jalonan todo un proyecto de insuñición intelectual: «Ni Marx ni Jesús», «La tentación totalitaria», «Cómo acaban las democracias», «El conocimiento inútil», o «La obsesión antiamericana», su último dardo editorial, que verá la luz dentro de dos meses en España.

—En «Ni Marx ni Jesús» reivindica la tradición liberal norteamericana. En «La obsesión antiamericana» retoma ese discurso treinta años después...

—El socialismo fue durante un siglo el debate del poder. Pero las sociedades socialistas fracasaron. Cuando publiqué «Ni Marx ni Jesús» no era sólo un libro sobre los Estados Unidos. Afirmaba que la verdadera revolución del siglo XX no iba a ser la revolución socialista sino la revolución liberal.

—¿Cómo fue acogido en Francia?

—El libro tuvo mucho éxito entre el público se vendieron 200.000 ejemplares y fue traducido a 25 lenguas extranjeras, incluido el español, en pleno régimen franquista. Otra cosa fue la res-

puesta de las elites politicomediáticas. Tres décadas después, con «La obsesión antiamericana», me han dedicado artículos elogiosos en «Le Monde» y «Le Nouvel Observateur» lo que es una novedad para mí: quedé verdaderamente sorprendido de la reseña que publicó «Le Nouvel Observateur» firmada por Jacques Julliard que es muy inteligente y no un ideólogo fanático. Por tanto, se puede decir que poco a poco, —no digo la verdad, porque yo no estoy en posesión de la verdad—, el derecho a examinar los hechos ha realizado algunos progresos.

—Tras los acontecimientos del 11-S ha rebotado el sentimiento antiamericano, se acusa a Estados Unidos de imperialismo.

—Ese fenómeno siempre ha existido. Hay un antiamericanismo lógico del marxismo que niega el sistema político liberal y otro de derecha y centro porque América se convirtió en la única superpotencia mundial. Y eso fue porque en el siglo XX Europa desató dos guerras europeas que se convirtieron en mundiales que la arruinaron dos veces; que inventó los dos sistemas políticos más horribles de la historia humana: el comunismo y el nazismo... Europa se hundió como consecuencia de sus propias tonterías

—¿Y cómo ve la Europa actual?

—Tenemos una Europa económicamente más fuerte, la que recibí después de la guerra las ayudas del Plan Marshall, pero diplomáticamente y estratégicamente no puede hacer nada: no tiene ejército, ni un poder político central. Hay un alto representante de la política de seguridad exterior, el español Javier Solana, pero no puede hablar en nombre de los quince miembros de la Unión Europea porque cada país articula su propio modelo de política exterior. Alemania y Francia no coinciden con el Reino Unido; Berlusconi tiene otras orientaciones y Aznar también. Cuando se planteó el conflicto del Kosovo, Europa hubo de suplicar a la ayuda militar de Estados Unidos porque se veía incapaz de arreglar el problema.

—Recientemente hemos visto en España el documental francés «La fe del siglo», sobre el ascenso del co-

«Para la izquierda resulta muy duro tener que aceptar la equivalencia entre los crímenes del nazismo y los del comunismo»

munismo como religión sustitutoria y dogma indiscutible. ¿Fue la gran pérdida de tiempo del siglo XX?

—Sin duda. Es lo que traté de explicar en «La gran mascarada», uno de mis últimos libros traducidos en España. A menudo se produce una fractura cultural entre los medios de comunicación y los círculos intelectuales y universitarios y el pueblo en general. Todas las encuestas de opinión demuestran, por ejemplo, que la mayoría de los franceses —Francia pasa por ser el país más antiamericano de Europa— muestra simpatía hacia los Estados Unidos. Son los amos de los grupos de comunicación y el poder político, de izquierda y de derecha —ya he mencionado el antiamericanismo de derecha— que convergen en la misma opinión. En mi caso, sea con «Ni Marx, ni Jesús» o con «La tentación totalitaria» observé siempre un contraste evidente entre el éxito comercial y el rechazo de esas mismas obras por parte de la prensa y políticos de izquierda.

—Durante muchos años ha resultado muy incómodo equiparar el genocidio nazi con el comunista y algunos siguen manteniendo ciertas prevenciones a hacerlo.

—En los años treinta ya se sabía (para quien quisiera saberlo). La publicación de «El libro negro del comunismo» que dirigió Courtois ha aportado datos sobre el comunismo soviético, el maoísmo chino, Cuba, Camboya, Vietnam. Pero cierta izquierda se niega a tomarlo en cuenta. El libro provocó un gran revuelo de artículos. Incluso un periódico de la izquierda moderada como «Le Monde» orquestó una campaña diciendo que eran falsificaciones y desautorizando la comparación de Courtois entre fascismo y comunismo. Aceptar el paralelismo Comunismo-Nazismo para la izquierda es muy duro. Para ellos, el comunismo es de izquierda, pero tuvo algunas desviaciones. Tantas desviaciones, que nunca creó una sociedad próspera abierta, democrática, con respeto de los derechos humanos superior al liberalismo democrático.

—No obstante, usted se sigue considerando un hombre de izquierdas, pero su discurso contra la izquierda es demoleedor.

—Sí, porque la izquierda debería ser la voz de la libertad, de la justicia social y el estado de Derecho. Cosas que la izquierda nunca ha conseguido, sino todo lo contrario. La ideología nunca toma en cuenta los hechos cuando no le cuadran. La ideología es una construcción teórica «a priori» que se aplica de manera autoritaria a los hechos y cuando éstos se resisten no se piensa en la equivocación sino en las conspiraciones, en los traidores, que justifiquen la represión política. No se quiere sentir desautorizada por la realidad. Un ejemplo en la izquierda democrática. Mitterrand fue elegido en 1981: había 700.000 parados; dos años después había 3 millones. Pero los socialistas sostenían que su política de nacionalizaciones era la buena. Otro dato. El dólar estaba cuatro francos cincuenta y pasó después a diez francos. Aparecieron los nuevos pobres que llenan ahora las calles de París, pero para ellos aquellos nada tenía que ver con su poli-





Jean-François Revel, en un momento de la entrevista, anteayer en Barcelona

tica. Son ideólogos que siempre tienen razón.

—¿Se acabaron, entonces, las utopías?

—Es lícito tener un ideal. Pero la utopía es la construcción completa de un modelo social, algo tan sumamente perfecto que no es aplicable a una realidad que tiene su propia lógica. Los países que han alcanzado mejores niveles de vida son los que han procedido pragmáticamente y los que trataron de aplicar una utopía, como el socialismo militar argentino, se han arruinado.

—Usted vivió en México y diseccionó las corruptelas del poder. ¿Qué opinión le merece la situación de Hispanoamérica y en particular la crisis argentina?

—Efectivamente estuve tres años, de enero de 1950 a finales de 1952. Durante las últimas dos décadas se puede decir que la democracia ha hecho progresos fantásticos en Latinoamérica. Sin embargo se producen regresiones: Hugo Chávez en Venezuela, Alberto Fujimori en Perú y en Argentina el fracaso económico que se debe más a la pervivencia de un sistema de corrupción resultado de la compenetración del sector económico y del sector político. Ménem trató de erradicarlo pero sin con-

«Los países que han alcanzado mejores niveles de vida han obrado de forma pragmática: las utopías llevan a la ruina»

seguirlo. Argentina no ha fracasado desde el punto de vista financiero debido a la mundialización o el liberalismo excesivo, esos son tonterías. Existe un discurso que busca la culpa en agentes exteriores, porque pocos países son capaces de ejercer la autocrítica. La realidad es que después del regreso al poder de un peronista verdadero —Ménem más que peronista era reaganiano— conllevó el regreso de todos los vicios capitales del peronismo. Un ejemplo: en el segundo mandato de Ménem estuve en Argentina. El Senado consta de trescientos senadores que disponían de cuatro mil automóviles: todos sus familiares utilizaban esos coches financiados por el Estado. Ménem tuvo éxito en estabilizar los precios: es una realidad. En 1990 comprobé que la relación que el peso y el dólar cambiaba cada quince minutos. En los comercios veías carteles: un dólar 75 pesos, un dólar 100 pesos. Con Ménem Argentina consiguió establecer un dólar-un peso. Era la primera vez que un país latinoamericano había conseguido controlar la inflación. Pero tras la salida de Ménem volvieron a las andadas. Ahora pueden culpar al FMI, al Banco Mundial, a los intereses abusivos...

—¿De qué hablamos cuando hablamos de liberalismo?

—En «La gran mascarada» le dedico dos capítulos. No me haga explicárselo ahora —ríe a carcajadas—. El liberalismo actualmente en los Estados Unidos quiere decir «la izquierda de la izquierda», pero yo me refiero al liberalismo

(Pasa a la página siguiente)



(Viene de la página anterior)

clásico —Smith, Tocqueville—. Sencillo, que la economía en libertad funciona mejor que la planificada y que debe ligarse a la democracia política. Por ejemplo, veo difícil que en China pueda seguirse una economía de mercado, aceptar las empresas privadas y seguir con un régimen totalitario. El mercado libre por sí mismo es una forma de independencia respecto al poder político.

—Que facilita las transiciones democráticas... En España se han cumplido 25 años de las primeras elecciones democráticas.

—Fue un verdadero éxito político, reconocido por todos los historiadores. La liberalización económica se había adelantado 15 o 20 años al final del franquismo. En 1963 visité España por primera vez y encontraba todos los periódicos franceses, ingleses, italianos, alemanes. Algo improbable en la URSS.

—Ha aludido a la falta de autocrítica de la mayoría de países. En el caso de Francia, ¿Argelia sigue siendo una asignatura pendiente?

—Los gobiernos franceses son muy remisos a tomar posiciones sobre Argelia. Tienen miedo de ser acusados de buscar la influencia postcolonial y es un asunto tabú. Sin embargo en la prensa aparecen muchos análisis en profundidad sobre el terrorismo anticolonial y el de los árabes, que es mucho peor. Se han producido cerca de 200.000 muertos en Argelia desde 1990 o en Sudán dos millones de muertos, Nigeria, Kenia...

—Volviendo a Francia... En las familias, en las escuelas, se está viviendo una crisis que hunde sus raíces en el «Prohibido prohibir» de mayo de 68.

«Hay que relativizar el ascenso de Le Pen. Fue un voto de protesta, porque la izquierda siempre ha negado el tema de la inseguridad»

—Es cierto. De una concepción falsa sobre el saber. Esa idea de que el papel de la escuela no es transmitir conocimientos. Se dedica poco tiempo a conocer la Historia y se alcanzan cotas de analfabetismo que parecían increíbles.

—Y si no se conoce la Historia puede caerse en la tentación de los partidos antisistema que venden soluciones mágicas a esas cuestiones que los partidos tradicionales no se atreven a abordar.

—En el caso francés hay que relativizar la sorpresa del ascenso de Le Pen en la primera vuelta de las presidenciales. Fue un voto de protesta, porque la izquierda siempre ha negado la cuestión de la inseguridad. Hablar de inseguridad significaba para ellos aceptar una cierta represión. Pero todos los países democráticos tienen su Código Penal que debe aplicarse. No se puede desarrollar el discurso del «estado de derecho» y aceptar que éste sea violado al no aplicarse las leyes. Al final, ciertos líderes de la izquierda tuvieron

Un caballero con carácter

Jean-François Revel escribió en sus Memorias que «el carácter de un hombre es a menudo el principal enemigo de su talento». En su caso, carácter y talento se conjugaron en la perfecta simbiosis de esos personajes capaces de trazar el esbozo de la realidad con la precisión del cartógrafo. Nacido en Marsella hace 78 años, filósofo, ensayista, periodista, cronista e historiador, se unió a la Resistencia a punto de cumplir 20 años. Tras la Liberación impartió clases como agregado de Filosofía en Tlemcen, México y Florencia. Al volver a su país en ese año, se integró en el gabinete del subsecretario de Estado para las Artes y las Letras, e ingresó poco después en los liceos «Faidherbe» de Lille y «Jean Baptiste Say» de París, donde concluye en 1963 su carrera universitaria.

Su andadura literaria se abre en 1957. Asesor y director en las editoriales René Julliard, Jean-Jacques Pavert y Robert Laffont, en 1978 asume la dirección del semanario «L'Express» en el que escribía desde 1966. En 1981, presenta su dimisión y pasa al semanario «Le Point», donde ha publicado sus artículos en los últimos veinte años. También ha colaborado en las emisoras Europe 1 (1989-1992) y RTL (1995-1998).

Miembro de la Academia Francesa desde el 19 de junio de 1997, con el sillón 24, Revel es caballero de la Legión de Honor, oficial de la Cruz del Sur de Brasil y Gran oficial de Enrique en



Navegante de Portugal. Nuestro hombre nunca ha tenido pelos en la lengua y ha dado a la imprenta una treintena de obras en las que la reflexión filosófica y política del polemista alterna con estudios literarios como «Sur Proust» (1960), visión muy particular del autor de la «Recherche», su antología de la poesía francesa (1984) y unas crónicas políticas y literarias de final del siglo.

Sostenido sobre una sólida formación filosófica —«Descartes inútil e incierto», «¿Por qué los filósofos?», «Historia de la filosofía occidental»—, Revel es un observador crítico e iconoclasta de la realidad política, con libros como «Ni Marx ni Jesús» (1970) en el que situaba la revolución en Estados Unidos y no en la URSS, cuando nadie reconocía el fracaso del comunismo. En «La Tentación totali-

taria» (1976), otros de sus clásicos, une en un binomio mortal Nazismo y Comunismo. Otros ensayos destacables son «El conocimiento inútil» (1988), «El absolutismo ineficaz, o contra el presidencialismo a la francesa» (1992), «La gran mascarada» (2000) vitriólico discurso desautorizador de las utopías socialistas y el reciente, «La obsesión antiamericana».

En su artículo «La democracia o el hambre», galardonado por la Fundación «Catalunya Oberta» con el premio de periodismo «Ibáñez Escofet», Revel denuncia la mala gestión de los gobiernos africanos que dilapidan la ayuda internacional con «las guerras interestatales o interétnicas, las reformas agrarias absurdas, a menudo calcadas sobre los modelos más desastrosos del infierno comunista, y la ausencia de democracia».

que no ha ocurrido en Francia. Ahora ha bajado hasta el 10 por ciento. No conozco la política austriaca para poder decir cuál es la razón...

—Y Francia, que es un país fundamentalmente laico ¿Cómo asume el reto del islamismo en la vida cotidiana algo, que comenzamos a experimentar en España?

—Las familias musulmanas pretenden influir sobre la Enseñanza Mixta. No ven con buenos ojos asignaturas como la Biología o la Historia que tratan temas prohibidos por el Corán. No

«En Francia, las familias musulmanas pretenden influir sobre la Enseñanza Mixta, no ven con buenos ojos la Biología, o la Historia»

quieren que se mencionen frases de autores como Voltaire que escribió contra Mahoma. Hemos luchado dos siglos para conseguir que la enseñanza sea laica, independiente de la religión que debe considerarse un asunto privado. Poner una frontera entre la docencia y la fe. Pero de nuevo las autoridades no se han enfrentado al problema por miedo a ser sospechosos de racismo.

—Volvemos a ese temor a afrontar las cuestiones políticamente incorrectas.

—Los gobiernos no conectan con los problemas reales de la gente. Cada vez que un político advertía sobre la inseguridad o la delincuencia se lanzaban sobre él y decían que hablaba como Le Pen. Por eso callan. Y las cosas no mejorarán por sí solas.

—En Turquía, antigua patria del kemalismo y el estado laico, gobierna un partido islámico moderado y llaman a la puerta de la Unión Europea.

—Ha suscitado una fuerte discusión. Como sabe, Giscard d'Estaing está en contra. También mi amigo el escritor y filósofo Alain Besançon ha publicado hace pocos días un artículo muy bueno en «Le Figaro». Michel Rocard, por el contrario, admite que Turquía es un país modernizado, que los islamistas no son radicales. Pero son 75 millones de musulmanes. En los países europeos tenemos musulmanes turcos y surgen problemas porque quieren que sus hijas se casen en Turquía y no con occidentales. La población no es laica, fue el ejército el que impulsó la laicización del Estado.

—Mientras la familia musulmana controla a sus miembros, los padres europeos se desentienden de la educación de sus hijos...

—Eso es lo que ocurre en Inglaterra con los inmigrantes de Bangla Desh. Nacidos en el Reino Unido tienen la doble nacionalidad, pero cuando vuelven a Bangla Desh se someten a las leyes de su país. Los padres empujan a sus hijas a que viajen a su país de origen y una vez allí las obligan a casarse con un novio que ellas no han podido escoger. Allí se les acaban los derechos ingleses. Este es otro de los grandes problemas de adaptación de los inmigrantes.

ron el coraje de reconocer su equivocación, ya que la inseguridad afectaba precisamente a los más pobres a los que viven en barrios difíciles.

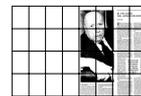
—Barrios de inmigración cuyos votos iban antes al Partido Comunista...

—Una de las razones por las que la izquierda no quería tocar la inseguridad era que la asociaba con la inmigración y los problemas de integración de los

más jóvenes. En Francia existen «barrios sin ley» donde la policía no se atreve a entrar porque los reciben con armas y piedras. La violencia y la delincuencia eran precisamente los puntos fuertes del programa de Le Pen.

—¿Cómo interpreta la ascensión y caída de Georg Haider en Austria?

—Hay que decir que tuvo un éxito inicial mucho más amplio que Le Pen y participó en el gobierno nacional, algo



grantes islámicos, incluso de los que no son radicales. La conversación entra en sus últimos compases. Las entrevistas le parecen una enfermedad moderna «que te obliga a repetir lo que has intentado escribir claramente», pero reconoce que «la mayor parte de escritores han sido grandes periodistas y los periodistas con una buena preparación profesional en los diarios llegaron a ser grandes escritores». Haciendo gala de su español perfecto Jean-François Revel evoca sus encuentros gastronómicos con Néstor Luján y Xavier Domingo, —dos amigos que

ya se fueron—; menciona los estragos de los imitadores de la Nouvelle Cuisine y elogia la resurrección de la cocina campesina. Se acerca el mediodía y apetece mirar el mundo desde el color rubí de un Rioja. El politólogo deja paso al enólogo. «Los buenos vinos se conservan muy bien si no se les mueve en demasía y se les cambia el corcho cada quince años». A Revel, ya lo decíamos al principio, no le gusta que todo el mundo le hable de política. Nuestro hombre se despide con una irónica frase de Voltaire: «Los embajadores deberían ser reemplazados por cocineros».

EL PALADAR DEL SEÑOR RICARD

VALENTÍ PUIG

Revel ha vuelto para hablar de libertad y verdad. En Barcelona, cata un tinto terráqueo del Priorato, chupa una gamba, olfatea la fragancia de la trufa blanca. Dice que la polémica parisiense sobre los «nuevos reaccionarios» es «como una zarzuela». Tiene la mirada de taladro implacable y sonriente, de inteligencia sin pausa, la tez rosada del «bon vivant», un cráneo de sacerdote hitita, la dialéctica exacta de Maquiavelo, el goce magistral de verse atacado por «Le Monde Diplomatique» esta misma semana.

En 1976, en tiempos de auténtico pensamiento único, alguien se preguntaba por qué razón en las sociedades libres hay tanta gente que odia la libertad y quiere vivir en una sociedad totalitaria. La pregunta la hacía en Francia el señor Jean François Ricard, alias Jean François Revel, en las páginas del ensayo «La tentación totalitaria». Eran años inhóspitos para las sociedades abiertas, la guerra fría. Pasan los años, cae el muro de Berlín. En el 2000, Revel escribe «La gran mascarada» para indagar en la supervivencia inverosímil de la utopía socialista durante la década 1990-2000. El núcleo de la cuestión era de apariencia más bien sencilla: el comunismo ya no se aplica salvo en Cuba o Corea del Norte, pero se le justifica como pasado, como educación sentimental, mientras que el liberalismo se aplica en todas partes y de cada vez se le critica más, ahora como instigador presuntamente perverso de la globalización. Es más, se niega la capacidad evolutiva del sistema capitalista. Lo sostiene los nostálgicos de la utopía. Queda clasificada el totalitarismo como patología política.

En todos estos años, Revel ha estado en la línea de fuego. Siempre alguna tribu intelectual se tiene que sentir aludida por su crítica del clientelismo de la cultura, de la solidaridad en dirección única, de la idea establecida de que los intelectuales deban tener un status especial, de ciertas mitologías del periodismo que se considera progresista. Revel ha pensado siempre en cómo poner al Estado en su sitio, para que el individuo recupere libertad en lugar de cederla.

Todo eso revela al filósofo porque incumbe en cada instante a nociones centrales como son la verdad y la libertad. Luego el periodista impone su estilo osado, claro, demoleedor, con filo temible. Así ha sido desde su pri-

mer libro, en 1957, «¿Porqué los filósofos?». Es el polemista que contempla con horror y malicia los excesos del verbalismo abstracto. Después de las sumisiones sin límite del compromiso sartriano, el verdadero compromiso del escritor —dice Revel— no es político sino la búsqueda de la verdad.

Ya vemos que con la caída del Muro de Berlín, la artillería de Revel no se quedó sin objetivos: resultó ser que el odio a la libertad se transformaba oportunamente, sin dejar de adaptarse a los nuevos escenarios en virtud de una inercia ideológica incommensurable. «A posteriori» se produjo una complicidad ininterrumpida con el ejercicio fundamentalmente genocida del comunismo. En definitiva, nos dicen que el comunismo falló por error, y que el liberalismo es intrínsecamente perverso porque en su origen está su pecado. Eso seguramente ocurre porque —dice Revel— las ideologías en realidad no han desaparecido, lo que han desaparecido son los regímenes fundados en una ideología. Así puede todavía sospecharse que no todos los intelectuales aman la libertad.

Por haber sido uno de los grandes críticos de lo peor del siglo XX, Revel no puede tomarse vacaciones en el siglo XXI. Aquel fue el siglo del Gulag, del Holocausto, de la megamuerte. Este es un siglo que ha comenzado con el 11 de Setiembre. Después de aquella jornada atroz, el antiamericanismo más primario acumuló sus bienes. En su último libro, «La obsesión antiamericana», Revel dice que el enigma del antiamericanismo reside en

una voluntad de permanecer desinformados. Hace ya más de treinta años, en «Ni Marx ni Jesús», en 1970, Revel estaba diciendo que las reformas significativas tendrían lugar en los Estados Unidos y no en Rusia. Ahora sostiene Revel que, si hace siglo y medio Francia tenía un experto en los Estados Unidos que era Tocqueville, actualmente tiene a José Bové. Habría que preguntarle si eso se puede interpretar como decadencia.

Escritor gastronómico impagable, editor, tratadista de arte e historiador de la filosofía, el Revel miembro de la Academia Francesa tiene escrito sobre Proust un ensayo no apto para proustianos de merengue. En definitiva, la buena literatura y el buen periodismo —ha dicho Revel en Barcelona— siempre vienen a ser lo mismo.

Revel ha pensado siempre en cómo poner al Estado en su sitio para que el individuo recupere libertad en lugar de cederla